

conversaciones en la redacción



J.A. Pérez Tapia
Universidad de Granada-España

LA VIOLENCIA ES UNA FORMA PERVERSA Y DISTORSIONADA DE DAR SENTIDO A LO QUE NO SE TIENE

ROBERTO DONOSO, PEDRO RIVAS, NORMA TÁMER, EFRÁIN URIBE Y HÉCTOR MELÉNDEZ
EDUCERE - UNIVERSIDAD DE LOS ANDES - MÉRIDA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CENTRO DEL PERÚ



No basta con pensar acerca de cómo han de ser nuestras prácticas educativas, nuestra organización escolar, sino que hace falta ir a cuestiones más básicas: para qué educar y qué transmitir.

Podemos llevar una computadora a cada aula, supongamos que a cada niño; pues con eso hay mayor saturación informativa, mayor acceso que puede ser una sobrecarga de información. Con el uso mismo de esos medios no viene el criterio para utilizar esa información y convertirla en conocimiento crítico asumible y que se pueda barajar en función de unos fines empezando por el qué se busca.

Nuestras sociedades secularizadas están mal secularizadas, porque ésta se quedó a medias, no se vio consumada y entonces lo religioso retorna de la peor manera, con nuevas desacralizaciones, con nuevas religiones: sean del mercado, de la tecnología, del consumo, que también exigen sus cultos, tienen sus ídolos y generan sus sacrificios.



Presentamos en esta entrega de *Conversaciones en la Redacción*, la primera entrevista internacional de Educere realizada en el marco del II Congreso Nacional de Educación y I Congreso Internacional “La educación frente a los desafíos del Tercer Milenio: camino hacia la libertad”, celebrados en la ciudad de Córdoba, Argentina, durante el 4 y 6 de octubre de 2001. Este evento fue auspiciado por la Escuela Nacional Superior “Dr. Alejandro Carbó”, la Universidad de Educadores de la Provincia de Córdoba y la Unesco. Uno de los ponentes centrales del congreso fue el filósofo español J.A. Pérez Tapia, a quien **Educere**, entrevistó a través de Roberto Donoso y Pedro Rivas, junto con un panel de entrevistadores invitados conformado por Efraín Uribe (Universidad Nacional del Centro del Perú); Norma Tamer (Universidad Nacional de la Provincia de Santiago del Estero, Argentina) y Héctor Meléndez (dirigente gremial de la República Argentina).

J.A. Pérez Tapia: Doctor en Filosofía y Teología. Profesor e investigador de Filosofía de la Universidad de Granada, España. Autor de *Filosofía y crítica de la cultura* (1995), entre otros títulos.

ilosofía y formación docente

Profesor, quisiéramos que nos entregara su punto de vista en relación con el aporte de la filosofía en la formación de profesores, en particular en una coyuntura como la que estamos viviendo en la que pareciera que el tema filosófico no tiene mucha relevancia.

Una muy buena pregunta para empezar nuestra conversación. Pienso que en el momento en que estamos ahora la educación atraviesa por una coyuntura difícil en general, en este momento donde cambian tantas cosas y hay que transformar nuestros sistemas educativos y a su vez, también, nuestras prácticas educativas, nos falta llevar la reflexión hasta el final, las cuestiones fundamentales hasta el final; es decir, no basta con pensar acerca de cómo han de ser nuestras prácticas educativas, nuestra organización escolar, sino que hace falta ir a cuestiones más básicas: para qué educar y qué

transmitir y yo creo que ahí es donde la filosofía puede hacer una aportación especialmente relevante, en esas cuestiones básicas lo que se plantea en último término es el sentido de nuestra acción y al fin y al cabo el fin de nuestra existencia personal y colectiva y acerca de eso la reflexión filosófica tiene algo que decir en lo que es la problemática educativa.

Sin embargo, si uno examina el comportamiento de los profesores de Filosofía, en la formación de profesores específicamente me refiero, descubre que con mucha facilidad la Filosofía y el reflexionar filosófico se confunden con la Historia de la Filosofía y entonces el curso es de Historia de la Filosofía, más no de una incitación al pensar filosófico.

La verdad es que hay una problemática frecuente en la didáctica de la Filosofía, en cómo se enseña la Filosofía. Ciertamente hay siempre una tentación historicista en ese sentido, ya acuñado para la expresión, que



Dr. Roberto Donoso, el entrevistado y el Prof. Pedro Rivas

convierte en este caso a la Historia de la Filosofía en un recorrido por un gran museo del pensamiento clásico, de unas ideas que se elaboraron en épocas pasadas y falta que haya una conexión más viva de toda esa herencia histórica con lo que es el horizonte de nuestro presente, y ciertamente activar una reflexión filosófica que sea pertinente para los problemas de la actualidad, incluidos los de la educación. Indudablemente, en la Filosofía no se puede prescindir de ese diálogo, de esa gran conversación con tantos que nos han precedido en la tarea de reflexionar a fondo sobre tantas cosas, pero esa reflexión tiene que ser una reflexión viva, que es lo que hace que al conectar con autores del pasado les demos el rango de clásico; quien del pasado llega hasta nosotros como clásico es porque su herencia trascendió la particularidad de su momento histórico, entonces fue capaz de universalizarse y esa universalización llega hasta nosotros. Hay que dialogar con los autores de la Filosofía mediando una tarea hermenéutica y crítica, trayendo ese legado, sin duda, a la problemática de nuestro presente. En este sentido, la Filosofía ha de ser un Filosofía para la vida, por tanto viva, lo cual en ningún momento hace de la Filosofía un manual de aplicación inmediata.

Una educación sin valores es inconcebible

Cuando se reitera que la educación debe ser en valores, se entiende que la Filosofía está reclamando su espacio, dada la violencia pragmática que la

educación formal ha venido planteándose; ¿eso es una vuelta atrás para adelantar o es un reclamo de la Filosofía o de los filósofos?

Cuando se habla de una educación en valores, entendemos ya que la Filosofía tiene algo que decir, puede aportar mucho sobre ese debate a cómo entender hoy una educación en valores; pero el reclamo no es por razones meramente internas a la Filosofía, el reclamo es por exigencia de nuestra convivencia que queremos que sea una convivencia democrática en términos de justicia, eso es lo que urge a una educación en valores, y la Filosofía se insertará en ese debate sobre la educación en valores si efectivamente tiene algo que aportar, y lo tiene acerca de cómo entender esos valores, esos principios de justicia en el que se asienta el entramado institucional de las democracias y la democracia como modo de vida. Es así como la Filosofía puede aportar algo, articulando lo que es un gran diálogo más allá de las fronteras estrictamente académicas de la Filosofía. Por lo demás es significativo que de un tiempo a esta parte hayamos estado hablando de educación en valores. Toda educación, por suyo, siempre es educación en valores. No podemos concebir una educación que no sea en valores, lo que ocurre es que los valores son explícitos o van implícitos en situaciones estables, en situaciones de cierta permanencia de nuestras instituciones, de los modos sociales, de las pautas heredadas del pasado. No se ha planteado cómo tiene que ser la educación en valores porque funcionaban con sus

creencias y con los modos de socialización; había unos valores dominantes y otros que iban bajo ellos, pero no se cuestionaban. Aparece como problema en un momento justamente vacío de coordenadas que se diluyen de referencias de sentido que se pierden y entonces nos tenemos que plantear cuáles son esos valores que han de orientar la práctica educativa; sin duda la Filosofía tiene que decir algo, como lo tiene que decir el discurso político desde otras tantas instancias o en definitiva los valores que son relevantes para la educación son los valores morales, hay muchos otros valores: políticos, económicos, estéticos, pero los más relevantes (no pueden faltar) son los valores morales. La tarea de la Filosofía es esclarecer nuestra reflexión acerca de ellos, colaborar en un discurso que nos permita llegar a un acuerdo o al menos a articular también nuestros disensos en torno a los valores morales.

Pudiéramos estar hablando de una contradicción en tanto que los modelos educativos y las expresiones curriculares representan modelos de desarrollo económico y justamente los valores

Hay una problemática frecuente en la didáctica de la filosofía, en cómo se enseña la filosofía. Ciertamente hay siempre una tentación historicista en ese sentido que convierte, en este caso, a la historia de la filosofía en un recorrido por un gran museo del pensamiento clásico, de unas ideas que se elaboraron en épocas pasadas.

que plantea la sociedad de consumo están reñidos contra el mundo de los valores, son los antivalores los que aparecen con el individualismo: ¡sálvese quien pueda!; en ese sentido, la solidaridad, el respeto al otro no tienen cabida. Los valores los estaríamos planteando casi desde fuera hacia adentro; las prácticas cotidianas de la sociedad, la presencia de los medios de comunicación de masas con su mensaje persuasivo hacia el consumo, el sexismo, etc., están negando el mundo de los valores.

Ya la misma formulación de la cuestión que acabas de hacer facilita en gran medida las claves de una respuesta atinada. El problema de la educación en valores es que esta educación se nos convierte en su propuesta en un planteamiento excesivamente idealista, y no solo idealista porque represente una ilusión difícil de alcanzar, sino en el sentido histórico de la expresión, es decir, un poco enlazado con la realidad, y que el mismo discurso sobre los valores acabe convirtiéndose en un discurso muy ideologizado que justamente sirve a todo un entramado sistémico en donde los valores predominantes son otros que aquellos que se proclaman respecto a la educación como respecto a otros ámbitos de nuestra vida personal, ya colectiva. Efectivamente vivimos en un contexto donde hay unos valores vigentes en la sociedad y otros que proponemos desde un punto de vista normativo. Tenemos que lograr que los que proponemos un punto de vista normativo seamos capaces de enlazarlos con la realidad y transformar esa situación de donde emergen determinados

Toda educación, por suyo, siempre es educación en valores. No podemos concebir una educación que no sea en valores, lo que ocurre es que los valores son explícitos o van implícitos en situaciones estables, en situaciones de cierta permanencia de nuestras instituciones, de los modos sociales, de las pautas heredadas del pasado.

valores como socialmente vigentes, dominantes, que colisionan con los valores morales que pensamos deben ser la base para la articulación de la convivencia en términos democráticos. Para resumir, tenemos todo un modo de vida articulado sobre un sistema económico. Hoy entendemos que ese sistema económico se encuentra legitimado, justificado, difundido sobre una ideología neoliberal, para la cual un mercado que funciona con una fuerte competitividad es la clave de los procesos sociales. Tenemos unas escuelas, unos sistemas educativos, los cuales queremos estén orientados –así lo decimos– a la educación en la convivencia; qué ocurre, que la competencia se traga a la convivencia, que si no hacemos un planteamiento realista y crítico de cómo educamos en este contexto, la educación en valores no es creíble porque pueden más los valores vigentes que los valores que se proponen. Eso además es un aporte, una perspectiva crítica para analizar, con cierto horizonte, retrospectivamente qué se ha hecho y qué estamos haciendo en nuestro proyecto de reforma educativa. No pueden quedar los proyectos de reforma educativa como el último valuarte para propuestas convivencialistas emancipatorias solidarias, si por otra parte se han estado desarrollando políticas marcadamente neoliberales de un espíritu fuertemente competitivo. Al final puede el mercado. Si puede el mercado sobre el Estado, ¿no va a poder sobre nuestro sistema

educativo tan precario?

¿Fatalismo?

No, aquí diría como el filósofo Bloff, prefiero ser un pesimista lúcido a un optimista ingenuo. No es una suerte de fatalismo sino que pienso que hay que ser autoexigente con un análisis crítico de la realidad.

La manera no solo intelectualmente sería de sostener un planteamiento utópico, sino de la manera honesta de defenderlo; es sobre el análisis crítico de la realidad y planteando las mediaciones adecuadas, que nuestros sueños no se quedan en vanas ilusiones que además redundan en beneficio del sistema. Mantener a la ciudadanía ilusionadas de políticas que vayan contribuyendo a que se genere un contexto de condiciones materiales de vida digna, es una trampa tremenda, genera muchas frustraciones, y al final, pues, como sabemos por otras vías de la psicología evolutiva y tantas otras cosas, pesa más lo que se hace que lo que se dice. En contextos de doble moral, ya sabemos el lado que gana.

Una escuela distinta que focalice sin reprimir

Foucault sostiene que la escuela, en términos generales, es

un aparato del Estado que tiene la visión de vigilar y castigar. Si aceptamos la tesis, resulta bien difícil que los valores puedan tener un espacio de desarrollo en un contexto de esa naturaleza, porque la escuela casi que fatalmente estaría condenada a una misión y visión bastante constrictiva y bastante perversa. ¿Cuál es su opinión?

Mi opinión la tengo que desdoblarse en primer lugar sobre el pensamiento de Foucault y luego sobre la escuela.

Foucault lleva razón en el análisis de muchas cosas, además radicaliza toda una crítica acerca del poder. El poder no solo se ejerce sobre determinadas instancias muy definidas, sino que es todo un entramado reticular que penetra por diferentes vías institucionales hasta estratos muy profundos de nuestra sociedad y nuestro vivir. La escuela es una institución disciplinaria, como la cárcel, hospitales, cuarteles, una de las tantas instituciones que ha generado el Estado moderno. Un Estado que a diferencia de épocas anteriores no administra solamente la muerte sino que administra la vida de los ciudadanos. Foucault lleva mucha razón en esos análisis, el problema es cuando esos análisis ocupan todo el escenario de nuestra crítica intelectual y aparecen los problemas internos de los propios planteamientos de Foucault que por otra parte, a lo largo de su trayectoria filosófica, no dijo lo mismo en todos sus momentos. Retengamos de Foucault que las escuelas, sus tareas de socialización, de generación de vínculos secundarios, transmisión de conocimientos, de educación pretendidamente moral, cumplen

cierta función; lo que hay que hacer es si nos cabe una escuela distinta que socialice sin reprimir. Habría que meter en juego otros autores cercanos a Foucault, como Freud, el cual pensaba que vivir sin ninguna represión es un deseo imposible. En una represión hay que articular socialmente, pero hay que tener en cuenta los límites, que no sea excesivo; esto nos lleva al problema del poder y la autoridad y llevado esto al planteamiento de la educación, podemos distinguir: 1) Una diferencia con la que Foucault no juega y que le da cierto sesgo a su enfoque y es la diferencia entre poder y capacidad y el poder-dominio. Foucault asimila todo poder a poder-dominio y no a poder-capacidad. Desde ese enfoque negativo todo ejercicio de poder, por fuerza, es represivo y autoritario. No lo entendamos así. Desde la perspectiva de Foucault el Estado sería siempre autoritario, sin embargo, con mucho esfuerzo vamos civilizando el poder y haciendo estados democráticos. En la escuela hay que hacer algo semejante, tenemos que humanizar nuestras escuelas, que no sean tan represivas, que den paso a un nuevo ejercicio, a unas nuevas relaciones de poder y a nuevas formas de autoridad, donde se desenvuelva el poder-capacidad y una autoridad razonable, que podamos entender y sostener en términos humanistas y en términos del espíritu democrático y una autoridad, en este caso de profesores o docentes, que tiene como característica que mengua a medida que el otro crece, porque de entrada el diálogo educativo por fuerza de nuestra “naturaleza humana” es un diálogo asimétrico. Requiere la escuela un tipo de autoridad distinto y la cuestión está en cómo se limita, en cómo se

regula, en cómo se procede para que en ese diálogo educativo, esa autoridad no sea represiva, autoritaria –valga la redundancia–; no sea irracional. Dicho esto, tenemos el campo despejado para recuperar y reganar la escuela y creo que hay razones de múltiples tipos para reivindicar el valor de la escuela en una sociedad que todos decimos que está siendo muy fragmentada, muy segmentada, donde desaparecen los espacios públicos, donde la esfera de lo político en general está devaluada de diálogo, es algo fundamental. La escuela, porque recupera este espacio, puede ser lugar de formación cívica y de capacitación para la formación. En un contexto de sociedades muy plurales, con diferentes tradiciones culturales en su seno, donde existe el riesgo de que las comunidades se replieguen sobre sí mismas, hay que recuperar la escuela como comunidad intercultural para la sociedad democrática. Por aquí aparecen toda una serie de formas de revalorizar la escuela y de conseguir una escuela no autoritaria, en la que quepa una autoridad no represiva, una escuela donde quepa una convivencia que sometemos a las normas que nosotros mismos podemos articular y que no por ello tiene que ser una escuela disciplinaria.

Lo único que le da fuerza al carácter es la disciplina y eso se ha venido perdiendo mucho en la

Tenemos que humanizar nuestras escuelas, que no sean tan represivas, que den paso a un nuevo ejercicio, a unas nuevas relaciones de poder y a nuevas formas de autoridad.

Si no se cultiva ese lado de lecto-escritura sobre soporte libro que pertenece a nuestra tradición y nos ha configurado hace siglos, las pérdidas pueden ser notables, eso es lo que estamos constatando porque ese exceso de "presentismo", instantaneidad, de una simultaneidad que no deja de ser muchas veces virtual porque tiene un componente de engañosa que nos dan los medios en lo que lo icónico es lo que es relevante, dominante, pues eso también puede generar nuevas formas de falsa conciencia, de un espíritu muy conformista o nuevas formas de echar una capa sobre la realidad que cubre lo que no debe quedar encubierto u olvidado, por allí es donde podría comenzar a hacer un balance sosegado sobre esto, sin dejarnos llevar por falsas e inútiles nostalgias, pero sin dejarnos llevar por fiebres tecnófilas.

escuela, la disciplina como perseverancia, como constancia, esa disciplina de auto convicción.

Precisamente la que ejerce desde dentro, la que emerge de sí misma, que va madurando, que es capaz de asumir responsabilidades, de entrar en una dinámica de respeto de uno al otro, lo que supone que se va tomando conciencia de los propios límites. Esa es la disciplina en la que tenemos que educar, en la que tenemos que canalizar los procesos de aprendizaje; para esa disciplina obviamente tenemos que salir de ciertas ilusiones permisivas que en algún momento también nos han

dado una noción muy débil de tolerancia que luego nos resulta insuficiente para operar con ellas. El mismo Foucault, con toda esa crítica sobre el poder, en la última parte de su obra se dedica a reflexionar sobre el cuidado de sí y a recuperar la misma noción de sujeto respecto a la cual él mismo había sido muy crítico. El mismo Foucault da paso a todo ese redescubrimiento de esa conciencia de los propios límites a las exigencias de respeto que el otro nos exige y de la autoestima que nosotros hemos de desarrollar.

La ética y su enseñanza

¿Desde el punto de vista práctico se puede enseñar la moral?

Desde el punto de vista práctico, sí. La moral es razón práctica puesta en ejercicio. Lo que ocurre es que a veces queremos empezar la casa por el tejado y queremos enseñar la moral de una manera poco consistente con criterios de psicología evolutiva, de procesos de aprendizaje, y queremos enseñar la moral de manera doctrinaria, adoctrinando. Lo que es la enseñanza de la moral, desde el punto de vista del que aprende, es el aprendizaje del reconocimiento de mí por el otro, del reconocimiento recíproco y luego del que es prioritario, desde el punto de vista ético: el reconocimiento del otro por mí, esa es la entraña de la moral. Eso hay que enseñarlo, pero cuando uno coge a los chicos en la educación, en la primaria, no vas a empezar con grandes discursos éticos de corte utilitarista deontológico; ¿cómo hay que empezar de manera

práctica ese ejercicio de reconocimiento?: por ejemplo, enseñando a dialogar. La práctica del diálogo lleva en juego todo lo que supone la dinámica de la vida moral: el escuchar, el aprender a tomar la palabra, el decir la propia palabra asumiendo un criterio propio en la medida que se vaya abriendo lugar hacia eso. Llegará un momento en que la maduración psíquica, intelectual, también afectiva en la medida que los chicos sean capaces de reflexionar sobre sus propias vivencias, insertará la reflexión y ese momento hay que aprovecharlo bien porque de lo contrario es un momento que se pierde, una pasión que se diluye y que no sirve para nada y que a veces opera en contra del objetivo que se pretende; pero claro que se puede enseñar la moral. Aquí es donde aparece una de las cuestiones en las que es la necesidad de, yo llamaría, cierto imperativo de coherencia por parte del educador, justamente por ese riesgo de la doble moral que siempre es amenazante para echar abajo todos los efectos de aprendizaje, los chicos y las chicas son muy sensibles a la doble moral, el descubrir cuál es la verdad de las cosas les cuesta tiempo, pero en darse cuenta cuando alguien les engaña, en eso tardan poco.

La escuela, cuando hablamos de reganarla, de recuperarla, hay que ser conciente de que no es algo aislado, que tiene un contexto muy complejo y el primer contexto es un sistema educativo fuertemente cuestionado, en crisis. El sistema educativo desde nuestra modernidad (me refiero a modernidad occidental) se ha configurado como clave de bóveda, como pieza crucial en el punto que se entrecruzan coordenadas, yo le llamo la coordenada societaria que

forma el Estado y el mercado, y la coordinada comunitaria que forman la familia y otras instituciones como iglesia o instituciones que aportan un sentido y un modo de vida compartido. Esas coordenadas son las que hoy están moviéndose, como decía Marx en el Manifiesto, “*todo lo sólido se diluye en el aire*”, tan sólida es que hoy se mueve y parece que se disuelve. Los estados nacionales en todas las latitudes con mayores o menores situaciones de dosis crítica pero están fuertemente cuestionados y deslegitimados, lo cual no es algo que los sitúe al borde de la desaparición ni mucho menos, pero les está reclamando su relegitimación, la familia también es una institución que está sometida a procesos de cambio muy intensos y a veces con alto costo personal y humano; las religiones, con su marco institucionalizado, también están sometidas a un proceso de pérdida de legitimidad, de pérdida de relevancia en un contexto secularizado, es verdad que a veces retorna lo religioso pero no de la mejor manera, porque retorna tras haber sido reprimido, no por eso suprimido, y lo reprimido retorna por la puerta de atrás siempre jugando malas pasadas, por eso viene en forma de fundamentalismo de nuevas concesiones mágicas, de reencantamiento y sacralización. En ese contexto el mercado es lo único que goza de buena salud, el mercado financiero hasta donde goce de buena salud, porque los últimos acontecimientos también puede poner en peligro la salud de sus circuitos; el mercado de trabajo es mucho más patológico. La escuela tiene que formar para un mercado en función de la cohesión que guíe un estado, el complemento a una familia y en continuidad con

El entrevistado, Norma Támer, Héctor Meléndez y Efraín Uribe



determinadas comunidades y tradiciones religiosas cuando todo ese entorno está en crisis lo sorprendente es que el sistema educativo y las escuelas no estuvieran en crisis, por su puesto que tienen que estar en crisis. Aparecen un montón de síntomas, el malestar docente, el desconcierto de la educación –como dicen algunos sociólogos–, la indolencia de los alumnos y luego todos esos problemas que se cuelan desde el macrocosmos social al microcosmos escolar que es bastante poroso y a veces con síntomas más agudos en el mismo entorno escolar porque la convivencia es estrecha, la relación es cara a cara, lo que es una violencia difusa contra el sistema se hace recaer, a lo mejor, sobre el maestro o la maestra, que encarna con bastante fragilidad ese sistema, son todos los síntomas de esa crisis de sistema escolar, por lo tanto efectivamente si queremos reganar la escuela como espacio de convivencia, como lugar de formación, como ese espacio para una educación eficaz democrática y solvente en términos de conocimientos, habilidades. Eso hay que hacerlo replanteando en términos muy serios y radicales

nuestro sistema educativo, nuestra organización escolar de cultura escolar, de currículo, de proyectos; no podemos seguir como si nada hubiera pasado porque los acontecimientos nos pueden arrollar si no somos capaces de responder aquello a que nos emplazan.

La violencia escolar

Esa interpretación que hace de la relación escuela-sociedad nos facilita la comprensión de que la escuela no tiene esa autonomía de la cual ella puede hacer mención en algún momento. La escuela como síntesis de los procesos sociales a veces no es tan autónoma, a veces es autónoma para decisiones administrativas, puntuales, académicas que tiene que ver con los actores incluso del propio funcionamiento del aparato escolar, pero desde el punto de vista político son otras instancias las que de alguna manera determinan toda esa dinámica aparato escolar y no es responsabilidad exclusiva del maestro, la “baja calidad” del rendimiento escolar, del

rendimiento académico, sino que hay otras fuerzas que se ocultan detrás del discurso que cuestiona la escuela como si la escuela fuese una entidad independiente autónoma y no fuese parte de toda una madeja holística que tiene sus vasos comunicantes como es la política, la economía, el mercado, la historia, la cultura... La escuela no es una entidad de suyo propio sino que es la resultante del proceso histórico, político y cultural, en lo que el maestro y el profesor particularmente deben tener conciencia de que la interacción que él tiene con el alumno no es una relación estrictamente pedagógica o didáctica sino que es una relación política y que los contenidos que se manejan en la escuela tienen que ser instrumentos para la reflexión, para la búsqueda frente a la verdad y también para la comprensión de la realidad, so pena que estemos formando unos niños absolutamente apolíticos, inconscientes, mediatizados, robotizados, “estupidizados”.

Plenamente de acuerdo, añadiría unas matizaciones para completar lo dicho. A veces se ha confundido la autonomía administrativa que se ha reivindicado como autonomía sociológica, política y económica y no es ni mucho menos el caso. Se pueden hacer otras analogías, es decir, los humanos en tanto que maduramos moralmente ganamos nuestra autonomía moral y no por eso somos autárquicos en el sentido que nos sobremos cada uno por sí mismos; respecto a la escuela cabe decir algo semejante: la escuela no es plenamente autónoma respecto a su entorno, tampoco está totalmente determinada, está

fuertemente condicionada como ocurre a otros niveles de la sociedad. La cuestión es en medio de esa trama de condicionamiento cuáles son los intersticios, huecos, resortes que en cada caso se puedan movilizar y ahí es donde está parte del secreto del buen hacer docente en cada caso del profesor y no solo ellos uno a uno sino de comunidad educativa como tal y eso es lo que requiere el análisis crítico de su entorno y la conexión de lo que se necesita hacer porque no en todos los casos hay que empezar y seguir la misma secuencia en los objetivos pretendidos si somos conscientes y consecuentes con el hecho de que el contexto condiciona, económico, social, político, las tradiciones históricas, culturales, y efectivamente tenemos cada cual en nuestro ámbito nuestra responsabilidad y en eso cada uno es insustituible y que nadie se la quite de encima, pero dicho eso también es verdad que el mismo hecho, el mismo contexto orden, o a veces desorden sistémico en el que estamos descargue sobre el profesor los fracasos del sistema como chivo expiatorio o sobre el sistema escolar o la comunidad educativa en su conjunto, ejemplo, frecuentemente sale en la prensa cada vez que hay un altercado entre chicos o una agresión al profesor o profesora, un suceso de este tipo se habla de violencia escolar, es de nuevo una trampa ideológica, no es

la violencia que genera la escuela por sí misma, es la violencia que se genera dentro de la escuela inducida desde contexto social en el que la escuela funciona, o una sociedad con fuertes potenciales de conflicto y que ahora mismo está pues muy incapaz porque ha perdido recursos para canalizar la violencia, lo que no quiere decir que los recursos fueron mejores que los actuales pero habían algunos que se tenían y que ya no se tienen, tenemos una violencia que muchas veces salta a flor de piel. Hay muchos semilleros de violencia, las desigualdades inherentes sin duda, la dinámica de consumo es un fuerte sendero de violencia o la frustración respecto a lo que no se tiene o por el vacío que genera lo que solo se tiene, la masificación que cuando aparece con fuertes dosis de individualismo es algo explosivo, yo diría que es parafascista, esa mezcla de individualismo con masificación o pre-fascismo es un semillero de violencia, la carencia de sentidos, que antes me han suministrado de otras fuentes que hoy se han secado, eso genera violencia, porque la violencia es una forma perversa y distorsionada de dar sentido a lo que no se tiene, quien no se ve reconocido no es capaz de reconocer, opta por la vía que le reconozcan como el matón de turno, etc, en un contexto de pasiones adolescentes, pongamos por caso. Violencia escolar:

La paz requiere tolerancia, tiene su matiz que la autentifica, que la justifica en la responsabilidad. La igualdad exige participación, si no se derrumba, y la justicia se activa desde la solidaridad. La clave está en la justicia, es lo que permite articular todo eso en una constelación moralmente coherente que se puede y se debe traducir en términos políticos. Una educación democrática, la democracia como sistema político y como modo de vida gravita sobre la justicia, como articulación de todo ese conjunto de valores democráticos.

violencia que se manifiesta en la escuela pero inducida desde otros muchos frentes. La escuela tiene que ganar sus espacios de autonomía, es decir, más allá de la autonomía administrativa, su capacidad de iniciativa, incluso en contextos difíciles en donde educar es cada vez más necesario, pero está fuertemente condicionado y hay que trabajar a partir de esos condicionamientos no negando esos condicionamientos.

El fin de... nada

Desde décadas atrás ya se viene anunciando el fin de la escuela: Ilich, La escuela ha muerto; Raimer, y así por el estilo, se viene difundiendo una idea y en parte forma el conjunto de situaciones que de alguna manera aquí se han descrito en el sentido que la escuela es un espacio sumamente complejo, inmanejable y que no acepta simplismos para su análisis. ¿Ud. estaría de acuerdo en un planteamiento tan radical como que la escuela ha muerto o que esta escuela ha muerto y que hay que dar paso a otra escuela?

No, no suscribiría nunca que la escuela ha muerto. Está en un trance difícil. Textos como los de Iván Ilich sobre el final de la escuela son textos que obedecen a un contexto determinado, textos que no dejan de tener como todos los títulos de *finales de...* cierta intención polémica o provocadora, y en cualquier caso el que se creyó el *final de...* fue bastante ingenuo. Se ha hablado del final de las ideologías y ¿habrá cosa más resistente que las ideologías? Las ideologías son como los viejos

rockeros, como decía aquel cantante, no mueren, se transforman, igual que la energía. Las ideologías se reciclan, claro que han muerto algunas ideologías, del liberal burgués al modo decimonónico, va de neoliberal fino por la vida y si es posible que sea un ejecutivo competitivo, pues, seguramente es una ideología de las más consistentes a la hora de ser defendida o expuesta. Tampoco puede ir nadie con ideologías en otra vertiente o en otro sentido al modo de socialista utópico... en fin similar a Owen, ni siquiera al modo marxista decimonónico. La gerencia hay que ponerlas al día. La ideologías no mueren, pero hablamos de ellas en sentido peyorativo, incluso de encubrimiento de una realidad social, de falsa conciencia, podemos hablar de una ideología del consumo, tiene una devoración ideológica potentísima, no ha muerto, la ciencia técnica, hoy la informática funciona ideológicamente con una potencia tremenda. Se habló del final de la historia con Fukuyama; hay que ser reticente respecto a todas las manifestaciones de punto final. En el mejor de los casos, pues son un aviso para que determinados puntos finales no nos lleguen, y hacer mientras tanto todo lo que nos quepa. Respecto a la escuela, no creo que haya muerto, hay que reganarla, hay que retomarla. La escuela es una institución muy peculiar; tú hablabas antes de espacio, es muy complejo, obviamente no es un espacio fijo, tampoco es un mero espacio organizacional como puede ser en otros ámbitos la administración o lo demás, es un espacio marcadamente simbólico y además la escuela funcionará bien si como comunidad educativa es capaz de

recuperar ese marco de un espacio simbólico, sino no es un lugar idóneo como decimos para un aprendizaje significativo, cómo se va a tener un aprendizaje significativo en un espacio que ha perdido toda capacidad de relevancia significativa, un espacio simbólico donde se ordenan las relaciones, donde aparecen símbolos de distinto tipo; el mundo de los símbolos es muy complejo y hay que reelaborarlo de cara a la misma escuela a la organización escolar, a la distribución de espacio físico en función de una carga simbólica. Por otra parte, podemos distinguir nuestras realidades sociales en tres niveles: el nivel de los individuos y el nivel de la sociedad, con esos nos hemos movido en los esquemas modernos; olvidamos y por ahí buena parte de los problemas se nos presentan actualmente, el nivel de lo comunitario; es un nivel intermedio imprescindible, en la dinámica social y en los procesos biográficos ocurre que cuando se ha olvidado ese nivel de lo comunitario y se quiere recuperar de nuevo, se hace malamente o de la peor manera o pretendiendo una comunidad que se aísla de la sociedad, o pretendiendo hacer de la sociedad (de toda ella)

El problema de la educación en valores es que esta educación se nos convierte en un planteamiento excesivamente idealista, y no solo idealista porque represente una ilusión difícil de alcanzar, sino en el sentido histórico de la expresión, es decir, poco enlazado con la realidad y que el mismo discurso sobre los valores acabe convirtiéndose en un discurso muy ideologizado.

un comunidad y las dos soluciones son inviables. Por ahí vienen salidas fundamentalistas, integristas sean enclaves absolutamente religiosos, o enclaves políticos, por ejemplo, con nacionalismos muy exacerbados como los que tenemos en Europa con frecuencia que implican una forma religiosa de vivir lo político con contexto secularizado. ¿Qué hay que hacer? Intentar esos tres niveles: el individual, el comunitario y el social y la escuela (recordando el ajuste de coordenadas que decía antes) ocupa un lugar decisivo porque es una comunidad y hablamos con bastante tino de comunidad educativa, con esas relaciones cara a cara, interpersonales, donde se generan vínculos secundarios pero con una proximidad muy notable; pero es una comunidad distinta a la de nosotros, es la comunidad que prepara para la sociedad. Es la comunidad donde confluyen chicos, chicas, profesores, profesoras, desde distintas comunidades, e irán a la escuela y volverán a ellas, pero no para permanecer encerrados en ella, sino para abrirlas e interconectarlas todas en un diálogo fructífero desde las diferencias, lo cual es especialmente urgente y necesario con contexto de pluralismo completo de multipluralismo, para articular de manera coherente,

Lo que es la enseñanza de la moral, desde el punto de vista del que aprende, es el aprendizaje del reconocimiento de mí por el otro, del reconocimiento recíproco y luego del que es prioritario desde el punto de vista ético, el reconocimiento del otro por mí; esa es la entraña de la moral.

eficaz. La escuela aparece como comunidad intercultural, que puede y debe ser intercultural, para la sociedad democrática, claro, esto nos va a exigir cierto tipo de escuela. Si se cede a ciertos planteamientos multipluralistas que vienen aliados con un relativismo cultural muy duro, y cada comunidad hace su escuela marcadamente comunitaria, fuertemente confesional, todo eso serán piedras de tropiezo para la convivencia democrática. Yo apuesto por un futuro –y trabajaría por allí– de recuperar la escuela en otros términos o intensificar más nuestro trabajo a favor de las escuelas públicas como instrumento necesario para la convivencia democrática.

La cultura telemática

En estos momentos uno de los grandes problemas que hoy enfrenta la escuela, y respecto del cual hay cierta unanimidad, es el de la falta de manejo por parte de los chicos de las técnicas básicas, me refiero a la lectura y escritura. Hoy los jóvenes, en general, no saben leer; por allí va todo un discurso que en distintos escenarios se va repitiendo, pero resulta que los jóvenes se mueven en un universo de mucho ícono, imagen de mucha digitalización, de mucha máquina computarizada, cibernética, y cuando uno tiene la posibilidad de contrastar la habilidad que tiene un chico frente a un teclado y la habilidad que tiene un adulto llega a pensar que a lo mejor es cierto que los chicos están leyendo de otra manera, que la lectura del chico es una lectura icónica y no necesariamente el

símbolo escrito que nosotros conocemos. Yo entiendo que Ud. está escribiendo un libro que se aproxima a este tema. ¿Cómo ve este problema?

Podemos decir que el trabajo intelectual, a través de los medios telemáticos aplican nuevas formas de lectura correspondiente, entre otras cosas, no solo a nuevos textos sino los que llamamos hipertextualidad, la nueva forma de transmitir, recibir mensajes mediante códigos que no incluyen solamente los alfabéticos. El problema es si esto se hace en detrimento de otras formas de lectura, la cuestión es si lo que ganamos por un lado se nos pierde por otro, y la solución sería que lo que ganamos por un lado no signifique pérdida por otro. Parece que en muchos casos, no ya solo por el uso de computadoras, sino además por la conexión a Internet, aún más por todo un contexto donde la imagen tiene un peso cultural enorme, no venimos de Internet de hace una década, sino venimos ya de varias décadas de televisión, hay fenómenos nuevos pero que se inscriben sobre un contexto o un hilo de continuidad y entonces es aquí donde hay que hacer esa valoración y ver cómo se corrigen los déficit que se acumulan, y puede acumularse un déficit si se pierden otras formas de lecto-escritura, es decir, aquellas que se hacían respecto al soporte libro; el soporte libro tiene sus límites, también tiene sus cualidades: el tipo de lectura secuencial, crítica, la disciplina del pensamiento, la promoción de la reflexión que se hace con el soporte libro a lo mejor en todos los casos no se consigue con otro soporte. Aquí se puede hacer comparación o

analogía con otras dinámicas culturales, el que aparezca un nuevo soporte electrónico no implica que desaparezcan otros, que se devalúen, lo que sí obliga es a que se reajusten, es decir, lo que hacemos, decimos y escribimos con libros, pues, a lo mejor no puede hacerse no decirse igual que si no hubiera Internet, bueno ya ocurrió con la televisión: la forma de hacer novela ha cambiado, es más, desde que hay cine. Hay todo un reajuste de los medios que tenemos a nuestra disposición. Lo que sí es verdad es que si esto no se hace de manera equilibrada, si no se cultiva ese lado de lecto-escritura sobre soporte libro que pertenece a nuestra tradición y nos ha configurado hace siglos, las pérdidas pueden ser notables, eso es lo que estamos constatando porque es exceso de “presentismo”, instantaneidad, de una simultaneidad que no deja de ser muchas veces virtual porque tiene un componente engañoso que nos dan los medios en lo que lo icónico es lo que es relevante, dominante, pues eso también puede generar nuevas formas de falsa conciencia, de un espíritu muy conformista o nuevas formas de echar una capa sobre la realidad que cubre lo que no debe quedar encubierto u olvidado, por allí es donde podría comenzar a hacer un balance sosegado sobre esto, sin dejarnos llevar por falsas e inútiles nostalgias, pero sin dejarnos llevar por fiebres tecnófilas. Hay cosas que las llamadas nuevas tecnologías de la comunicación y de la información que no van a resolver, podemos llevar en uno de los casos una computadora a cada aula, supongamos que a cada niño; pues con eso hay mayor saturación informativa, mayor acceso que puede ser una sobrecarga de

información, ahora con el uso mismo de esos medios no te viene el criterio para utilizar esa información y convertirla en conocimiento crítico asumible y que se pueda barajar en función de unos fines empezando por el qué se busca, todas las búsquedas que cometemos por Internet. Luego hay otras cosas más profundas; decía antes que el problema de fondo en educación mas allá de estrategias, coyunturas, organizaciones, currícula, es que hemos perdido el hilo, nos hemos quedado sin relato, qué transmitimos, por eso la gente puede estar horas y horas delante de una pantalla porque no busca ni se le transmite nada, son imágenes que se van sucediendo, noticias, informaciones que se van superponiendo de manera desordenada y bastante caótica, no hay un hilo que hilvane eso. Incluso en un contexto de salgamos de esa información y tengamos un conocimiento solvente en distintos campos, como es el conocimiento que nos ofrecen las ciencias, un conocimiento muy especializado que requieren un hilo que nos hilvane para permitirnos orientarnos críticamente en la realidad que la misma ciencia explica y estudia. La ciencia sirve para explicar...

Educación en libertad para la democracia

Lo he escuchado con mucha atención en el análisis del contexto mundial en donde aparecen rasgos comunes, fundamentales: el de la fragmentación, el de la incertidumbre, con la caída de las viejas certezas y la crisis y todo esto de algún modo ha impactado en la educación, tanto es así que

hemos conversado e incluso se le ha preguntado qué piensa acerca de la muerte de la escuela y que nos ha dicho que no, que Ud. piensa que lo que hay son vacíos de sentidos, entonces tratando de volver al mundo más próximo nuestro, a un pedagogo crítico como lo es Paulo Freire, que él también habla de la denuncia, pero también cuando escribe su Pedagogía de la esperanza dice denuncia pero con anunciación. En esa línea qué nos podría decir acerca de cuáles podrían ser esos nuevos sentidos porque creo que en este caso hay que buscar nuevos sentidos, para una escuela que podría ser la escuela del futuro. ¿Cuáles podrían ser esos caminos, por dónde se pueden avizorar unos caminos esperanzadores de una escuela con sentido para las generaciones que vienen?

Sé ve que vamos apretando la tuerca de la expresión filosófica y vamos indagando cada vez más a fondo en la cuestión del sentido, como decía el poeta: estamos tocando fondo. Ciertamente, ahí está la clave, cómo articulamos un sentido y además en consonancia con lo que acabo de decir para una

La escuela no es plenamente autónoma respecto a su entorno, tampoco está totalmente determinada, está fuertemente condicionada, como ocurre a otros niveles de la sociedad. La cuestión es –en medio de esa trama de condicionamiento– cuáles son los intersticios, huecos, resortes que en cada caso se puedan movilizar y ahí es donde está parte del secreto del buen hacer docente.

escuela que quiere ser espacio de educación para una ciudadanía democrática, el lugar de encuentro y de diálogo intercultural, pues tiene que ser un sentido que de alguna manera todos podamos compartir, ahí es donde está la clave. El problema yo creo que exige hilar fino, pero no estamos del todo desarmados respecto a él y mucho menos en el punto cero. Trataré de explicarme a la mayor brevedad y si es posible con la máxima claridad.

Una educación democrática requiere que todos nos pongamos de acuerdo en lo que podríamos llamar un núcleo ético común, la democracia, el sistema político y el modo de vida supone unas instituciones que queremos que sean justas conforme a derecho y además una buena ciudadanía que corresponda con esa institución y que la sostenga esas mismas instituciones democráticas, me falta acompañar ambas cosas, para acompañar ambas cosas me falta educación democrática porque hace falta sostener esas instituciones con los valores que ellas encarnan, pero desde actitudes que supongan la manera de asumir compromisos democráticos con esas instituciones, y al fin y al cabo con la convivencia. Esos son los valores de la democracia que se encarnan en las instituciones, en lo que es un proceso tendencial –hablando desde un punto de vista normativo, como debe ser– y que a su vez tiene que encarnarse con las actitudes, configurando un carácter democrático. Ahí hablamos de una serie de valores que se traducen en normas o actitudes que son... cito cuatro con sus correspondientes reversos motivacionales: la paz, igualdad, libertad y justicia. Los reversos de eso hay que sumirlo también desde adentro, hacer paz

sin compromiso de pacificación, tomar un carácter pacífico pacificador, y si es militante en cierto sentido, pacifista. La libertad no es solo la libertad que traducimos en cuotas de libertad que hay que salvaguardarse mediante ley, sino que requiere la capacidad, la autonomía para sostener esa libertad emancipadamente desde dentro. La igualdad también supone asumir esa capacidad de ejercer los propios derechos en equiparación con todos los demás y así sucesivamente. La justicia exige pues, un sentido interno de la justicia. La paz requiere tolerancia, tiene su matiz que la autentifica, que la justifica en la responsabilidad. La igualdad exige participación, si no se derrumba, y la justicia se activa desde la solidaridad. La clave está en la justicia, es lo que permite articular todo eso en una constelación moralmente coherente que se puede y se debe traducir en términos políticos. Una educación democrática, la democracia como sistema político y como modo de vida gravita sobre la justicia, como articulación de todo ese conjunto de valores democráticos. Ahí tenemos un núcleo ético común, un lugar de confluencia entre ideologías y eventos distintos dentro de una democracia, pienso –incluso– dentro de culturas distintas en una sociedad. Eso ya nos da ciertas pistas acerca del sentido de la humanidad compartida que sostenemos, que queremos que sea



una humanidad que viva en condiciones de dignidad y que sobreviva en una tierra, en un planeta con recursos limitados. Desde ese prisma de la justicia ya vislumbramos un sentido de lo humano, ahí encontramos un lugar de confluencia para empezar a redefinir ese sentido en función de lo justo, de la dignidad, de la cual todos los humanos somos portadores, en función de los derechos humanos que definen un perímetro de inviolabilidad respecto a cada sujeto, hay un sentido de lo humano. Podemos dar un paso más, nuestro compromiso de justicia que ya va orientado en un sentido determinado no lo asumimos sólo por frías argumentaciones éticas o por consensos políticos que logremos al respecto, sino que también nos movilizamos unos y otros desde todo lo que viene de tras: tradiciones, modos de vida, herencias culturales a través de las cuales hemos gestado nuestro

sentido biográfico y nuestra idea de que haya un sentido de la historia. Hay que articular ese sentido que se crea en torno a la justicia a la dignidad, a los derechos humanos todos y cada uno hay que articularlo con esas herencias de sentido que nos dan los vectores motivaciones, afectivos, etc. Por aquello de hacer interesante tarea de recuperación de las tradiciones culturales y especialmente, yo insisto, de las tradiciones religiosas o de la tradiciones religiosas han sido fuente de sentido y además el pan de cada cultura, pero además sabemos que hay una matriz religiosa que sigue pesando mucho, aún en el caso de culturas fuertemente secularizadas, como lo es en general en la sociedad occidental. Pero hay que recuperar críticamente eso y ver si es posible (yo pienso que lo es), cómo lograr una confluencia también entre esas tradiciones para que los compromisos que llegamos a través de nuestros consensos políticos, de nuestros acuerdos en torno a la justicia, estén sostenidos sobre las razones del corazón. El diálogo democrático radicalizado en términos de reconocimiento del otro diferente, que supone el diálogo intercultural, tiene una pieza muy importante en el diálogo interreligioso, lo que aprontaría un núcleo ecuménico común, que supondría una paz de sentido de símbolo compartido, que ayudaría a sostener a veces el inestable, precario núcleo ético común. Además en una posición ligth que la suscribo como diagnóstico que hizo un sociólogo suizo heterodoxo, decía que lo mejor de la religión era que produce herejías, pues dice él que no hay paz sin paz religiosa. Si miramos nuestro

mundo es más que verdad. A veces pensamos que eso tiene poco que ver con esas sociedades secularizadas, pero nuestras sociedades secularizadas están mal secularizadas, porque se quedó a medias, no se vio consumada y entonces lo religioso retorna de la peor manera, con nuevas desacralizaciones, con nuevas religiones: sean del mercado, de la tecnología, del consumo, que también exigen sus cultos, tienen sus ídolos y generan sus sacrificios de víctimas humanas; por tanto, cuidado, precisamente yo creo que en este sentido, recogiendo lo mejor de las distintas tradiciones religiosas, es decir, poniendo esas tradiciones religiosas en una revisión autocrítica respecto a sus propios vectores fundamentalistas, integristas, intolerantes, etc., para resaltar todo lo que tiene de emancipatorio, de humanista, liberador, pues las propias tradiciones religiosas empujan en esa dirección a esa confluencia de sentido a ese posible encuentro en una zona ecuménica común que no significa una religión de la humanidad, no, no, cada cual con su religión, con su modo de pensar, con su cosmovisión, pero siendo capaces de articular ese diálogo interreligioso. Al fin y al cabo qué estamos haciendo cuando proponemos un diálogo religioso que nos de paso a esas confluencias en herencia de sentido, pues lo que estamos proponiendo es que las religiones se sometan a la primacía de lo justo, por otra parte eso no es ajeno a las tradiciones religiosas, si me permites una referencia próxima, pues basta recordar aquella “ lo primero en el reino de Dios...”, todas las religiones tienen ese vector y si va uno a libros de

texto encontrará textos en su vector humanizante, en su vector liberador. Claro, hay que elegir a los interlocutores para ese diálogo, no puede elegir uno a los maximalistas, fundamentalistas, no, hacen falta personas fronterizas como dice la misma luz capaces de transitar de un lado a otro de relativizar las propias posiciones. Por ahí es posible desconfigurar porque el sentido no se inventa, no podemos decir vamos a diseñar; el sentido viene de vivencias y si se vive se puede expresar. El lenguaje conceptual discursivo no es el mejor aunque hagamos estos ejemplos para tematizar todo esto, se expresa a través de sí, es la zona donde conecta racionalidad y sentimiento que es mucho más que inteligencia y emoción. La escuela tiene que ser ese espacio para educar a la ciudadanía en el sentido de la justicia, que permite asimilar, interiorizar una libertad justificada, hecha justa, una igualdad efectiva y una paz con la que uno se compromete, pero ese sentido de la justicia cada cual lo puede reforzar, no viéndolo ajeno a su propia tradición sino desprendiéndose a su vez de su propia tradición. Además, esto nos ayudaría a replantear nuestros propios enfoques universalistas si lo vamos pretendiendo así pues encontraremos causas para una humanidad que no sea una imposición de Occidente, porque en término de justicia cada tradición encontraría el vector que le puede llevar a ese punto de confluencia, si alguno dice que es optimista yo digo que por razones de justicia. y por sentido de supervivencia es necesario^(E)

¿Ciencia o Humanidades?

EMETERIO GÓMEZ

El proyecto de Ley Orgánica de Educación presentado por la Sociedad Civil merece todo nuestro apoyo. Dentro de ese espíritu de absoluta solidaridad, y con el mejor deseo de contribuir a la reflexión, vayan estos comentarios respetuosos.

Un primer elemento preocupante es que dicho proyecto concibe la formación intelectual, enmarcada en la tradicional diferenciación entre las ciencias y las humanidades, ¡lo científico-tecnológico, por un lado, y lo humanístico por el otro!

Aun cuando a lo largo del documento se plantea el problema de los valores, del desarrollo espiritual y moral, y de la “apertura al sentido trascendente de la existencia”, aun cuando se hacen múltiples referencias a la solidaridad, la honestidad y la tolerancia, y aunque la ética pareciera ser la esencia es la anacrónica diferencia entre lo científico-tecnológico y lo humanístico.

En el artículo 4 se habla de “dotar a las personas con los saberes básicos y especializados de la cultura humanística, científica y tecnológica”. El 15 ¡refiriéndose a la Educación Básica! Dice que esta “en cuanto a la cultura humanista y científico-tecnológica, debe asegurar que sus egresados adquieran los saberes básicos”. El 14: “Fomentar la investigación científica y humanística y las innovaciones tecnológicas en pro del desarrollo de la nación”. Y finalmente, el artículo 43: “Los planes y programas de formación... han de renovarse periódicamente, para adecuarse a los avances científicos y humanísticos”.

LA SEPARACIÓN

Esa separación entre ciencias y humanidades es la expresión plena del paradigma cartesiano, es decir, de la radical minusvalía de las “humanidades” frente al auge avasallante de la tecnología. Cuando Descartes en *Las reglas para la dirección del espíritu* afirma “que carece de sentido plantearse cualquier problema que no pueda ser resuelto con la exactitud de la matemática”, está lanzando a la civilización occidental por el cambio ciego de la ciencia. ¡Que no puede entender nada! Las humanidades estaban condenadas, la ética se quedó “a vivir en los arrabales”, como dice María Zambrano que le ocurrió la poesía desde que Platón arremetió contra ella.

Aceptar esta diferenciación conduce a creer que tiene algún sentido enseñarle ¡ciencia y tecnología a unos chamos y humanidades a otros! Es el origen de la aberración del bachillerato: el grueso de nuestros muchachos estudia ciencias y unos pocos héroes “humanidades”. ¡Que ojalá hayan desaparecido definitivamente!

Y ese es también el fundamento de esa otra aberración, gracias a la cual en algunas universidades la filosofía se estudia ¡en escuela de filosofía! Y quede claro que no tenemos nada contra estas ni contra la mención en humanidades en el bachillerato. En última instancia, en un país libre cada quien tiene derecho a utilizar su tiempo de la manera que mejor le parezca.

¿FILOSOFÍA?

Algún sentido tendrá, para lo que lo hacen, estudiar humanidades o filosofía, lo que no tiene ninguno es que los chamos que estudian “ciencias” o cualquiera carrera científica, no reciban una sólida formación humanística. El verdadero problema es que de alguna manera hay que inculcarles valores ¡a lo que más lo necesitan!, a los que “se van” por las ciencias, a los que en el futuro podrían dedicarse a clonar seres humanos.

Paradójicamente, los que estudian humanidades o filosofía son los que menos necesitan de los valores. Cuando se es poeta o se dedica uno a reflexionar sobre el ser, la carga de valores que se requiere es mínima, porque en esas esferas la confrontación con el mundo es también mínima. Cuando se es médico, militar, político y, sobre todo, científico ¡entonces es cuando hacen falta las “humanidades”!

Y es evidente que el Proyecto de la Sociedad Civil no se plantea este crucial problema de la fundamentación moral de la educación científica ¡y de la ciencia! Que es algo muy distinto de “las humanidades” y – aun – de practicar la tolerancia, la justicia o el altruismo.